

Frascos

Cuatro ancianas llevaban a la virgen en alto (por cierto, una estructura bastante precaria, apenas un par de maderas cruzadas, atadas con una soga, y encima la figura de yeso que no mediría más de un metro y medio). Detrás de las mujeres, una interminable fila de perros se iba sumando con naturalidad a medida que la exigua peregrinación atravesaba morosamente el pueblo. Nadie salía a la vereda; les alcanzaba con mirar detrás de las cortinas, con más temor que curiosidad. Una vez que desaparecían de su vista, se persignaban y salían a la calle a recoger las cenizas que habían dejado a su paso las mujeres y los perros. Con mucho cuidado las guardaban en frascos y luego las escondían celosamente en sus despensas o en el sótano. Algún día sabrían qué hacer con ellas. Mientras tanto, evitaban hablar del tema y confiaban en sus gatos antes que en los hombres o las palabras.